

HIJOS DEL LIMO. FÁBULAS DE LO PRIMITIVO Y CIVILIZACIÓN
(PERFILES DE ANTROPOLOGÍA LITERARIA)

Juan Miguel Valero Moreno¹
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA & SEMYR

Por lo general se ha estudiado el tratado *De inventione* de Cicerón como obra primeriza, de parca originalidad, trasunto esquemático de la formación de Cicerón en la escuela de retórica y², en consecuencia, poco más que un *vademecum* pedagógico, de vuelo corto, como el liviano esqueleto que sobre semejante materia ofrece Marco Tulio a su hijo en las *Partitiones oratoriae*. El influjo de esta pieza, considerada menor, en otras mejor estudiadas, como el discurso *Pro Caelio* y, sobre todo, *De oratore*, es, sin embargo, importante. Y, desde luego, es crucial a lo largo de la Antigüedad tardía y la Edad Media, época en que se la conoce como *Rhetorica vetus* (en contraste con la *nova*, la *Rhetorica ad Herennium* atribuida entonces al mismo Cicerón) y época, también, en que se multiplican las copias y los comentarios, glosas y apostillas. A pesar de ello, la obra no ha salido del cerco de la historia de la retórica que, en buena medida, ha limitado la potencia y alcance del discurso que sostiene.

En este sentido, los editores de *De inventione* se han limitado a ofrecer un texto lo más depurado posible y a anotar las variantes más notables de su tradición manuscrita. Poco se ha dicho, sin embargo, de su significado. Más allá de la supuesta aridez de un tratado de carácter técnico, no es trivial el peso concedido por Cicerón al prólogo que presenta el origen y desarrollo de la elocuencia en su perspectiva histórica y hasta legendaria. Entre los apuntes telegráficos de una disputa antigua sobre el valor de la retórica y la oratoria, que ya ocupó a Platón (en el *Fedro*, por ejemplo) y a los sofistas, se encontrará la narración de un mito sobre los orígenes de la civilización:

¹ Juan Miguel Valero Moreno es profesor de Filología Románica en la Universidad de Salamanca y coordinador general del Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas.

² Véase al respecto CORBEILL [2002: 23-38].

“Hubo un tiempo, en efecto, en el que los hombres erraban por los campos como animales, se sustentaban con alimentos propios de bestias y no hacían nada guiados por la razón sino que solían arreglar casi todo mediante el uso de la fuerza; no existía aún el culto a los dioses; nada regulaba las relaciones entre los hombres; nadie había visto aún matrimonios legales ni mirado a hijos que pudiera considerar como propios; tampoco conocían los beneficios de una justicia igual para todos. Así, por error e ignorancia, la pasión ciega e incontrolada que domina el alma satisfacía sus deseos abusando de su perniciosa compañera, la fuerza física.

Entonces un hombre sin duda superior y sabio descubrió las cualidades que existían en los hombres y su disposición para realizar grandes empresas si fuera posible desarrollarlas y mejorarlas mediante la instrucción. Dotado de un talento excepcional, congregó y reunió en un mismo lugar a los hombres que estaban dispersos por los campos y ocultos en los bosques y les indujo a realizar actividades útiles y dignas; al principio, faltos de costumbre, se resistieron, pero luego le escucharon con entusiasmo cada vez mayor gracias a su sabiduría y elocuencia; así, de fieros e inhumanos los hizo mansos y civilizados” (I, 2) [NÚÑEZ 1997: 87].

Es la fuerza animal, el *bios* del hombre sin cortafuegos, la voluntad que no concede e impone su libido insaciable, la que domina la presencia del hombre sobre la tierra. Un hombre que es lobo para el hombre, libre de coartadas morales, de dioses, religiones y ataduras familiares. El hombre sólo se reconoce a sí mismo, ni siquiera a su descendencia, a la que desprecia o aniquila. El prólogo de la civilización aparece dominado por la concupiscencia, un deseo ardiente e insaciable que aunado a la fuerza física dispone de la vida al arbitrio de esta misma potencia dominadora. No es de extrañar que, una vez que la civilización se ha expandido, se han levantado las primeras ciudades y se han escrito las

leyes, los poderosos sigan confiando en los animales que simbólicamente definen su dominio: el león, el águila, el toro, el oso, el jabalí, el lobo o el dragón. La civilización persa o la egipcia se muestran inundadas por los signos del hombre-dios representado en la conjugación de rasgos antropozoos, aquellos mismos a los que Edipo, como mero hombre, aunque hombre maldito, se enfrenta y supera. La fuerza del animal es poseída por transferencia mental, el hombre se apropia de las virtudes y poderes de la bestia y a través de ella expone a los dominados, a sus siervos, su vínculo privilegiado a la tierra, su poder germinativo, su infinita riqueza. Pero ¡ay! del rey-dios si enferma o declina, pues habrá de ser regenerado por medio de la consumación de un sacrificio ritual.

He ahí la fuerza de las imágenes finales de *Apocalypse Now* (Francis Ford Coppola, 1979), donde Kurtz, el todopoderoso, yace, en la cueva, subterfugio telúrico del mundo precivilizado, cavidad en la que la razón engendra monstruos, en una selva feraz y peligrosa. Su libro de cabecera es una edición de bolsillo de *The Golden Bough*, de James George Frazer, que el coronel estudia junto a un libro cuyo título casa, en su alcance, con el desarrollo de los textos que aquí se expondrán, *From Ritual to Romance*, de Jessie Laidlay Weston. El coronel Kurtz, sumergido en el horror, representa la última vuelta del camino en la genealogía de la moral, el hombre hiper-civilizado que, harto de las vías de escape de la moral convencional, de un *logos* que ya carece de sentido, de un *ser* irreconocible que ha huido de su morada, decide regresar al tiempo del hombre salvaje y enfrentarse a las esencias en el corazón de las tinieblas. Su fiebre, su cabeza sacerdotal, yerma, afeitada (*bald*), indican ese estado de trance y transición hacia una revelación que sólo llegará con el sacrificio que anuncia la presencia del sustituto (el capitán Willard) y la muerte ritual de la vaca sagrada.

El texto bíblico nos inhabilita a esta visión abismal del mundo: *In principio erat verbum*, inicio absoluto del Evangelio de san Juan, que culmina los evangelios canónicos, cierre de la circunferencia del círculo

que trazó su apertura en la cosmogonía del Génesis, donde el hombre emprendió la tarea adánica del nombramiento, que avanza hacia ese olvido del ser simbolizado por la gran Torre civilizadora y desafiante de Nemrod, en Babel. Y, poco más allá del Evangelio de Juan, el regreso de las Bestias, el omega alfabético del verbo en su declive último, el fuego purificador del Apocalipsis y la reincorporación al Ser o la consunción definitiva.

Cicerón recoge en el fragmento citado del prólogo a *De inventione* una idea que debió circular mucho antes entre los griegos pero que aquí, de forma indirecta, adquiere unos tintes poco habituales en otros relatos míticos³. Cicerón nos habla de un hombre primitivo ignorante (de una determinada concepción del mundo), para el que la vida en común carece, como para los cíclopes (una raza salvaje, distinta a la del hombre), de objeto y de interés. El otro sólo tiene sentido para ser devorado, canibalizado o calibanizado, física o psíquicamente. El hombre, fuera incluso del orden habitual de la naturaleza, es una amenaza para sí mismo, para los otros, que constituyen su infierno. En cualquier caso, este hombre solo es un ser poderoso, ya sobrehumano o infrahumano. Nada tiene que ver todavía con aquellos que conforman la comunidad idílica (y, claro, exquisitamente urbana), de los Feacios, de los Bienaventurados.

Pero, entre las creencias griegas acerca de los orígenes de la vida y de las comunidades humanas, lo habitual era la presentación del hombre como un ser desprovisto de vigor, domeñado por un destino ajeno que disponen para él los dioses, que desprecian, incluso, a los hombres, raza brutal y esperpéntica, frágil y estúpida.

Diodoro Sículo (*Biblioteca histórica*, I, 8), que expone una narración similar a la de Cicerón, nos informa de que, según había oído decir, los primeros hombres vivían de forma desorganizada, como bestias,

³ El mito sobre el origen de la civilización recogido en *De inventione* no comparece en el importante repertorio razonado de Arthur O. LOVEJOY y George BOASE [1935]. Sigue centrando el tema el libro de GUTHRIE [1957].

deambulaban solitarios en busca de alimento, recolectando las plantas y frutos que le parecían más apetitosos y que crecían sin necesidad de cultivo en las ramas de los árboles. Pero, amenazados por los animales salvajes, los hombres tomaron conciencia de la necesidad de los otros para protegerse y, así, aprendieron, paulatinamente, a colaborar entre ellos. Entonces, cuando ya se había establecido el primer vínculo, todavía tierno, el hombre primitivo, que no conocía nada de utilidad para el mantenimiento de su existencia, desamparado en su desnudez, desconocedor de la vivienda o el fuego e ignorante en todo lo relativo al cultivo de alimentos, no era capaz de almacenar frutos en previsión de los malos tiempos y, así, muchos morían de hambre o de frío en el crudo invierno.

Este necio salvaje, que aprende trabajosamente en la escuela de la necesidad, nos mueve a conmiseración. No admiramos en él la voluntad de expresión de su fuerza animal. En los mitos predominantes es el hombre para el que un dios ha de ser piadoso, como es el caso ejemplar del mito de Prometeo. La vida de ese hombre primitivo no era paradisiaca, como la de Adán y Eva antes del pecado original, sino que constituía una continua calamidad, plagada de privaciones y sinsabores, hasta la llegada del dios civilizador dispuesto al primer gran sacrificio, la figura pre-crística de Prometeo, cuya Pasión compondrá con sublime pulso Esquilo. Epimeteo había privado a los hombres de cualquier defensa para sobrevivir sobre la tierra; Prometeo, el hermano prudente, ofrece a la raza humana, en compensación, el tributo del fuego sagrado, con el que el hombre pasa del estado salvaje, de lo crudo, a la felicidad antropológica de lo cocido, ese límite civilizatorio estudiado por Levi-Strauss. Pero, además del fuego, Prometeo entrega a los hombres la capacidad de desarrollo de las artes mecánicas y el uso de la palabra. Se disuelve la dispersión y aparecen las primeras comunidades que, más adelante, edificarán ciudades, símbolo del dominio del hombre sobre el medio circundante. Los grandes filósofos de la *polis*, Platón y

Aristóteles, escriben fascinados sobre esas fundaciones (Platón, *Leyes* 680b; Aristóteles, *Ética a Nicómaco* 1180a28; *Política* 1252b23...).

La ciudad se convierte entonces en cruz y signo de la civilización, en su emblema más alto y representativo, el limen que tras las murallas protege al hombre de la Naturaleza, cuyo recuerdo salvaje se teme, fantasma del imaginario colectivo. La ciudad, el lugar de la palabra, de la ley, del pacto entre los hombres, frente al silencio inquietante de la Naturaleza, extramuros. El hombre vive en la ciudad como en el quicio de la civilización, enfrentado a las excrecencias o restos de los monstruos supervivientes de su infancia, que se agitan en la frontera incierta y elástica del tiempo remoto en que se creó el mundo. El mundo, y el hombre, hijo de la tierra, del limo, de su barro nutricio, tuvo su último parto en una siniestra confusión, poblada de fetos y malformaciones.

Lucrecio nos advierte de esa fuerza matriz de la tierra: “Resulta que es justo que nombre de madre a la tierra se diera, / puesto que todas las cosas criadas son de la tierra; / y muchos aun hoy animales se ven que de tierra se crean / cuajándose de la lluvia y del sol al vaho y la fuerza; / tanto es menos de asombro que más entonces surgieran, / más grandes también, nueva siendo y crecida en cielo la tierra” [GARCÍA CALVO 1997: 795-800]. De este mundo perdido, viejo, jurásico o cretácico, procede el germen del hombre, pero también los monstruos y los engendros, en el momento en que la tierra, agotada, provoca abortos que denuncian el fin de la fertilidad, del mundo hermoso y templado en el que la vida era fácil y sencilla: “Y muchos entonces la tierra también tentó de criarlos / mostros de faz asombrosa y de miembros mal amasados /el hembrimacho, entre lo uno y lo otro y ninguno de ambos, / faltos de piernas acá, por allá privados de brazos, / mudos sin boca también, sin cara ciegos por caso / y atados por todo el cuerpo de miembros apegotados (...) / y más por este jaez criaba engendros y espantos” [GARCÍA CALVO 1997: 837-842 / 845]. Descritos hasta la saciedad por los naturalistas y geógrafos antiguos, tales monstruos, que se encontrarán también en la iconografía de las latitudes orientales, recorren el tiempo hasta poblar los bestiarios

medievales, los pórticos de las iglesias o los libros de viajes de cinocéfalos, esciápodos y otras criaturas maravillosas y, con ellos, las mentes de los hombres.

El miedo cervical del hombre, agazapado en su subconsciente, amenaza su reconocimiento posterior como cumbre de la naturaleza, del hombre semejante a dios en el que cree el propio Cicerón (*Leyes*, I.VIII, 25). Ese hombre nuevo, dueño de la historia, padre de las leyes, al que no los dioses, sino la misma naturaleza “no sólo adornó con la agilidad de su mente, sino que le dotó con los sentidos (...) y depositó en él el germen del conocimiento de casi todas las cosas, si bien todavía oscuro y poco perfecto”, mientras que el resto de los seres vivos “hizo inclinados al pasto” (*Leyes*, I.IX), como en la imagen del brutal Catilina de Salustio, es el que “gracias al talento y resolución de un solo hombre” (*República*, II.XI, 21; como vimos en *De inventione*), formará un nuevo pueblo en el que la palabra, fundamento del derecho y la justicia, será la conciliadora de la sociedad humana, su garantía. Al hombre, esto es, la naturaleza lo hizo “erecto, estimulándole a mirar al cielo como si de su antiguo domicilio familiar se tratara” (*Leyes*, I.IX; y de ahí las untuosas especulaciones filosóficas de las *Disputationes Tusculanae*).

Ésta es la edad del hombre, la conciencia de su triunfo, su supervivencia de la irracionalidad. Nos dice el mismo Cicerón que en la época en que vivió Rómulo, para él unos 600 años atrás, las letras y las ciencias contaban ya con un largo cultivo “y se había eliminado aquella antigua irracionalidad propia de la incultura de los hombres” (*República*, II.X, 18). La vida de Rómulo, continúa, coincide con un siglo en el que en Grecia proliferan los poetas y los músicos y en la que “el crédito que se daba a las leyendas era menor” [NÚÑEZ GONZÁLEZ 1989], exceptuando las que tratan de cosas antiguas. Incluso, subraya, en época de Homero, que pudo anteceder a Licurgo, el que decretó leyes por escrito, los hombres, instruidos y hasta eruditos, apenas concedían lugar a la ficción.

Los hombres, sin embargo, sobre todo los más instruidos y eruditos, no dejaron de preocuparse por las cosas antiguas, empeñados en una necesidad visceral de conocer sus orígenes y de urdir, sobre el imperio de la razón, nuevas ficciones sobre el telar de las antiguas. Godofredo da Viterbo, el gran *fabulator*, retoma el mito ciceroniano en una obra extravagante y cautivadora que recoge una gran cantidad de materiales legendarios, el *Pantheon*: “*Fuit olim tempus, cum magis homines passim bestiarum more vagabantur, et sibi in victu ferino vitam procurabant, nec ratione animi aliquid ministrabant. Unde neque nuptias celebrabant, nec certos filios habebant...*” [BRANCAFORTE 1984: 112-113]. El pasaje lo trasladan los colaboradores del rey Alfonso X el Sabio en el libro III, capítulo XII, de la *General estoria*, una crónica universal cuyo propósito era abarcar la historia del hombre desde el origen del mundo hasta el tiempo presente porque, como dice el rey, a seguidas de Aristóteles (*Metafísica* 980a, 21), “natural cosa es de cobdiciar los omnes saber los fechos que acahescen en todos los tiempos” [BRANCAFORTE 1984: 103]. El libro mencionado y los siguientes configuran una pequeña historia del pensamiento y creencias del hombre presocrático hasta aquellos que, una vez que la musa aprendió a escribir, “dexaran ende escriptas algunas cosas” (III, xv). Así pues, los hombres primitivos, empujados por el instinto de conservación, “comieron ya las carnes e los pescados que fallavan e matavan ellos o que podien prender; pero non las cozien ca non sabien aun ende la natura, mas enxugavanlas a los grandes soles, e tanto lo secavan a ellos que lo sacavan ya quanto de la natura cruda, e lo demudavan en otro sabor mejor algun poco. E estos començaron ya a dexarse de andar errados por los montes e por los yermos tanto andavan antes, a manera de bestias salvages tomando oy una mugier e dexandola, e cras otra...”. Lentamente, el hombre primitivo establece los primeros asentamientos, cultiva la tierra, descubre la familia, perfecciona sus artes y herramientas y construye casas de piedra y adobe, comienza a indagar en los secretos de la naturaleza y busca explicación para los mismos y, en esta investigación errática, alcanza la conciencia de Dios. En esta búsqueda de los frutos del conocimiento, el hombre de talento

ciceroniano es sustituido por el rey Júpiter, nacido en Atenas (según toma la *General estoria*, de nuevo, del *Pantheon*), padre de las artes liberales y del derecho.

La historia viene, en la Edad Media, preñada de fábula, pero se trata de una ficción significativa, cuya presencia no manifiesta ignorancia, sino que despliega un proyecto de interpretación del significado del mundo en virtud de las necesidades, en ocasiones urgentes, del presente. En las épocas antiguas, aquellas para las que Cicerón concedía la presencia de la fábula, el hombre medieval reflexiona sobre su propio modelo de civilización y la construye. Entre los siglos XII y XIII, cuando se cimenta en Europa un nuevo modelo de civilización, al que se conoce como cultura cortés, se aprecia una preocupación extensa e intensa, una arqueología del saber sobre los límites de lo humano y sus orígenes remotos.

El nuevo héroe no es ya, sólo, un héroe militar, de manos violentas, cuya mayor excelencia es la fractura de hombres, de sus huesos, cráneos y comunidades (las más de las veces meros asentamientos). En las escuelas de Atenas, nos dice el rey Alfonso en la *General estoria*, los oyentes se sentaban “cada uno segund que era onrrado por su saber, ca non por poder, nin por riqueza, nin por linage que oviesse grand”. No fue la aristocracia del saber una idea que fuera asumida ni bien recibida, a lo que se sabe, en la Edad Media. Y, sin embargo, es cierto, no basta con el poder, la riqueza o el linaje, el hombre ha de construirse a sí mismo y construir tejido social y cultural en su desarrollo.

El nuevo (y viejo) héroe, un héroe cultural, como Alejandro Magno, desea, además de domeñar, conocer la estructura del mundo que ansía poseer como forma de explicarlo y dotarlo de sentido. El caballero del *roman breton*, como Perceval, desconoce su nombre y su linaje, y es en la búsqueda (*quête*), en la domesticación de *la pensée sauvage* y de las fuerzas aniquiladoras y bestiales que representan la amenaza de la civilización, donde consigue crear y asumir una identidad propia y, en última instancia, un reino, el poder y control sobre la tierra, por un principio unitivo consustancial a su propia maduración (*Bildungsroman*).

Esa domesticación, la educación caballeresca, se vehicula no sólo a través de la violencia, ahora justificada y ordenada a un fin, sino a través del ejercicio de la virtud (prudencia, humildad, fortaleza...) la práctica educativa del amor (del *fin' amor*), el dominio de la palabra o el servicio al rey y a los hombres.

La supremacía entre Alejandro, Aníbal, César o Escipión, discutida entre los antiguos y los modernos, de Luciano de Samosata a Giovanni Aurispa o Petrarca, entre otros, va más allá del territorio físico, de sus conquistas militares, y se preocupa por territorio moral, interior, como núcleo o esencia de su pujanza y sobrehumanidad.

Las hazañas, gestas, de los *caballeros de papel* de la ficción medieval (¡cuántas protestas sobre la veracidad de sus historias en el *roman*, y cuántas sospechas de su mentira, ociosidad y devaneos, de Jean Bodel en adelante, para los que no entendieron o no quisieron entender su propuesta!) son tanto evidentes, la derrota del enemigo exterior, como profundas, la derrota del enemigo interior. Es, por ejemplo, la psicomaquia de Tristán, el mejor caballero de la corte de Tintagel, entre su proeza y sus deberes como vasallo, y el conflicto espiritual y social que supone su obscuro objeto del deseo, su laberinto (*labor intus*) de pasiones.

Tristán, sabio y astuto como Odiseo, músico tan capaz como Orfeo, vencedor de dragones y monstruos, como Jasón o Teseo, ha de vencer, en su primer combate conocido, al Morholt, un gigante irlandés que ha impuesto a los habitantes de Tintagel un sacrificio humano anual. Y, poco más tarde, ha tenido que vencer a un dragón, hazaña gracias a la cual podrá solicitar al rey de Irlanda la mano de su hija, Iseo la Rubia, y así asegurar, como piden sus vasallos al rey Marco, la continuidad del reino a través de una descendencia directa. En ambos casos Tristán triunfa sobre las fuerzas del mal. En ambas ocasiones Tristán (Tantris) va a ser curado de sus terribles heridas, causadas por el filo envenenado de la espada del Morholt y el aliento ponzoñoso del dragón, por Iseo que (en inicio) desconoce su identidad. Iseo posee los secretos de la

naturaleza y es capaz, como su madre, de preparar medicinas y pociones que sanan o que, como el filtro de amor, transforman las voluntades. Iseo, como Medea, es una maga protectora contra el dragón (al que, de otro modo, el propio Jasón no habría dominado). Iseo es un emblema áureo, solar, que remite a principios elementales del mundo natural en un espacio en el que la comunicación entre el hombre y la naturaleza, su mixtura incluso, como las orejas de caballo del rey Marco, o la posibilidad de ciertos héroes de comunicarse con las bestias, es todavía posible. Entonces la bestia es una amenaza, como el dragón al que se enfrenta Tristán y tantos engendros contra los que combaten los caballeros en los libros de caballerías, recuérdese el famoso Endriago del *Amadís*, pero también puede ser un potente aliado.

Yvain, en el *roman* homónimo de Chrétien de Troyes, es ayudado en un primer momento, para reconocer el recto camino en el bosque que le conducirá a la fuente mágica (*fons vitae*), por una espeluznante criatura, un hombre salvaje. Mucho más adelante presenciara el enfrentamiento entre un dragón o serpiente y un león. El significado de esta batalla será luego explicado, pero Yvain siente antes el impulso de mediar a favor del león, que a partir de entonces se convertirá en su compañero inseparable e, incluso, en su propia identidad, caballeresca y heráldica.

Una lectura limitadora, exclusivamente cristiana, nos llevaría a incurrir en el error de considerar al reptil, desde la perspectiva del Génesis, como soporte del mal. Así en *La búsqueda del Grial*, donde la serpiente porta sobre sus lomos a una dama que representa la Sinagoga: “la serpiente que la lleva es la Escritura mal entendida y mal interpretada, es la hipocresía, la herejía, la iniquidad y el pecado mortal, es el Enemigo mismo. Es la serpiente que por su orgullo fue echada del Paraíso, es la serpiente que dijo a Adán y a su mujer: *Si coméis de este fruto, seréis tal como Dios*” [ALVAR 1997:129]. El reptil, como el fruto amargo del árbol de la ciencia, también conduce a la sabiduría y a penetrar en un conocimiento (a menudo mágico) que pertenece al Otro mundo. Es el caso del propio Merlín, pero también de la fabulosa historia del rey Rocas que se encuentra al inicio de un código de la

Refundición de la Crónica de 1344 (aunque la denominación no es del todo exacta) y que aquí se reproduce en apéndice.

Pero, es cierto, frente al mundo de la ciudad y la corte, mundo productivo, fértil, incluso comercial (naves cargadas de productos parten de puertos como el de Londres en la misma novela caballeresca), la naturaleza constituye una amenaza, el refugio del mundo antiguo, memoria rebelde de un tiempo en el que el hombre, fuera de la protección de sus muros (los de piedra y los de la razón) consumía sus días en una frágil supervivencia y en la sensación constante del horror. El mismo Yvain, al traicionar la promesa a su amada (como aquel tabú de silencio en el *Lanval* de María de Francia), destruye las condiciones de su existencia y se ve relegado a la terrible penitencia de la locura (Yvain, pero también Lancelot, Amadís-Beltenebros y tantos otros). Pierde la memoria y los signos de su condición caballeresca: la razón, la palabra, los códigos de la comida y el vestido. En el bosque Yvain lleva una vida brutal, “ya no se acuerda de ninguno de sus actos pasados. Anda por el bosque al acecho de los animales, para luego matarlos y alimentarse con esta caza totalmente cruda” [LEMARCHAND 2001:76]. Este hombre desnudo, caballero salvaje, tardará en reintegrarse a su punto de partida y regresar al seno de la sociedad cortesana. La frontera entre el mundo primitivo y la civilización es apenas una delgada línea roja: el destierro de Tristán e Iseo en el bosque de Morrois no dista del trono del rey Marco más que unos pocos quilómetros (leguas), y sin embargo la distancia mental parece insalvable.

En el llamado *roman breton*, la narración, en poesía o prosa, de ficción caballeresca, el bosque es el lugar prototípico de la disolución del vínculo social y racional, es aquel lugar del destierro al que durante tres o cuatro años se someten Tristán e Iseo, es el espacio de la nada (*waste land*), incluso en su máxima feracidad, una paradoja: la Yerma Floresta. El bosque, pero también la landa, la zona pantanosa, el desierto y la taiga. En oposición a estos espacios y las fuerzas anticivilizadoras que los controlan (a veces un caballero, pero un caballero negro, diabólico, anti-cortés, como el Orgullosa de la Landa), el héroe cultural

no se limita a extinguir el aliento del dragón o de la bestia, sino que coloniza ese mundo viejo a través de la razón y, en no pocas ocasiones, con la fundación de una ciudad. Como llega a decir Chrétien de Troyes en su *Perceval*, “fuera de los muros no había nada, salvo mar, agua y tierra yerma” [RIQUER 1992:63].

Los célebres doce trabajos de Hércules constituyen, quizás, el mayor exponente de la configuración de un héroe cultural y de la difusión de las fábulas con él relacionadas a lo largo de los tiempos. Su importancia mayor se destaca en la apropiación que de su figura se hace en la *Estoria de España* y en la *General estoria* alfonsíes, y de su larga pervivencia en la Península, hasta la redacción, por ejemplo, de *Los doze trabajos de Hércules* (1417) de Enrique de Villena, un ensayo de exégesis mitológica.

Cuenta la leyenda que Hércules llegó a Lisboa, que había sido fundada por un nieto de Ulises después de la segunda destrucción de Troya (cuyos compases finales canta la *Ilíada*). Los componedores de la *Estoria de España* no se resistieron a introducir estas *fabliellas antiguas*, de las que hablaba (se recordará) Cicerón:

“E quando Hércules llegó a aquel logar, sopo como un rey muy poderoso avie en Esperia que tenie la tierra desde Taio fasta en Duero, e por que avie siete provincias en su señorío fue dicho en las fabliellas antiguas que avie siete cabeças; y este fue Gerion, y era gigante muy fuerte e muy liger, de guisa que por fuerça derecha avie conquista la tierra e avienle por fuerça a dar los omnes la meatad de quanto avien, tan bien de los fijos e de las fijas cuemo de lo al, e a los que no querien fazer matavalos” [BRANCAFORTE 1984: 54].

Como nadie, pese al odio que Gerión concitaba, se atrevía a contrastarlo, Hércules desafió a Gerión a combate personal y, tras tres días de lidia, venció Hércules y cortó la cabeza al gigante, “e mandó en

aquel logar fazer una torre muy grand, e fizo meter la cabeça de Gerión en el cimientto, e mandó poblar ý una grand cibdad, e fazie escrevir los nombres de los omnes e de las mugeres que ý vinien poblar...” [BRANCAFORTE 1984: 55]. Esta ciudad recibiría el nombre de su primera pobladora, Crunna (La Coruña), cerca de la cual todavía hoy se levanta la llamada Torre de Hércules. Impuesto el primer censo administrativo que se conoce en la Península (aunque sea legendario), Hércules continúa su labor fundacional sembrando la geografía ibérica de ciudades, desde La Coruña hasta Cádiz.

Hércules representa mejor que cualquier otro héroe cultural la superación del estado bestial, el concilio entre fuerza y sabiduría y la aspiración supraterrrenal que culmina con su divinización, ilustrada por su presencia en el cielo (incluso en el cielo de Salamanca de Fernando Gallego). La historia del combate entre Hércules y el gigante Ateleo (el octavo de sus trabajos en el tratado de Enrique de Villena) nos muestra a Hércules triunfando del gigante que había raptado (el rapto de nuevo, el tributo, el sacrificio ritual, los ritmos frenéticos y salvajes de la *consagración de la primavera*: Primavera, la sagrada; *April is the cruelest month*) a Danaira, hija del rey Oenoe. La batalla se prolonga y Ateleo se transforma en *sierpe espantable*. Hércules no teme al dragón y Ateleo se muda en un toro grande y bravo, pero el héroe no se deja engañar por la apariencia, no real, de estas transformaciones y, finalmente, vence al gigante. Como ya hizo el texto de la llamada *Vulgata* artúrica en la búsqueda del Grial, todo significa otra cosa de lo que parece. Un fragmento de la *declaración* de este trabajo servirá de muestra suficiente para iluminar el proceso mental que genera la extensión de la fabula en su interpretación alegórica y moral:

“E toma primero figura de sierpe de muchas pintadas colores trayendo en la boca venino. Esto faze el mundo mostrando las sus prosperidades e plazerer siquiere bienandancia, que son entendidas por la variedat de las colores que a manera de prado

de flores guarnesçido o de labores en paño de sirgo hermosas conpone la piel de la engañosa sierpe tinta de bivas e plazerteras de ver verduras, afalagando la vista. E de otra parte trae en la boca el peligroso escondido venino de viçios e penalidades que procura a los que se reposan o confían en los sus deleites. El omne virtuoso comete afogar a esta sierpe engañosa por menospreçio del mundo e conosçimiento de su miseria” [MORREALE 1985: 75].

En el siguiente trabajo, el noveno, Hércules se enfrenta al gigante Anteo, que habita una cueva en tierras de África y es capaz de cazar con las manos a leones y osos. Es una labor bien conocida. Anteo recupera la plenitud de su fuerza cada vez que toca la tierra (una maravilla imitada en el Galván de la *Muerte de Arturo* que, enfrentado a Lanzarote, regenera su vigor cada mediodía, y cuya procedencia fabulosa ha de asumir el narrador: “como algunos lo tienen por fábula, os contaré por qué ocurría esto”, [ALVAR 1997:192]), pues es hijo de Gea. Hércules, al descubrir la causa de su potencia, lo abraza de forma que levanta todo su cuerpo sobre el suelo y, al no poder restituir su fuerza, muere asfixiado. Por un lado, el vínculo negativo con lo ctónico, con la tierra primigena, por otro, el enfrentamiento aberrante de Anteo a la civilización humana: impide el uso de los puertos y el comercio, aborrece los estudios y los hombres de ciencia (y, aunque no se dice expresamente, desafía la tutela de Hermes y sus dones sobre los hombres). El último trabajo que glosa Enrique de Villena es aquel en el que Hércules sostiene el cielo sobre sus hombros en lugar del gigante Atlas. Tanto es el peso que ha de soportar que se siente obligado a hincar sobre el monte Atlas, el gigante petrificado, una de sus rodillas, como puede verse, entre otros motivos, en la escultura que preside la hornacina urbana (aquí el Atlas forjado por Lee Lowrie y Rene Chambellan, 1937) del Rockefeller Center con la Quinta Avenida, ejemplo máximo, por qué no, de su potencia civilizadora. Es éste el momento en que Júpiter, que al fin es padre de Hércules por intercesión de la figura de Anfitríon, decide su deificación, transfiguración última del héroe en su ascenso vertical y concesión a

todos aquellos que han identificado la *caída* como la ruptura del la unión del hombre con el cielo, y no con la tierra. Hércules, el héroe constructor de la caballería civil, ingresa en la caballería celestial. Hijo del limo, aunque limo privilegiado, imagen de un dios, asciende a las estrellas. El hombre regresa así, del cieno primitivo, del estado larval, de la furia, a través del proceso civilizador, a su morada celeste o, como quería Cicerón, a su antiguo domicilio familiar.



REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA

APÉNDICE

A continuación se transcriben tres textos que representan una narración similar, mítico-legendaria, de la historia pre-cartaginesa de la Península y los orígenes de la civilización hispánica en tiempos próximos a la primera destrucción de Troya. La historia textual de estos relatos es compleja y de sus aspectos técnicos, comparación e interpretación por menudo, me ocuparé en otro lugar. Aquí sólo pretendo, en línea con el estilo ensayístico que nos ha conducido a este apéndice, evidenciar a través de su lectura algunos puntos clave en relación con el estudio del asunto del primitivismo y los orígenes de la civilización. La fuente de la que procede la increíble y maravillosa historia que se leerá más abajo no ha sido (para incrementar el misterio) identificada, si bien se cree que podría tratarse de una historia pre-islámica de Al-Andalus en una versión vulgata de la que se hicieron eco autores como Ibn al-Atur, Ibn Idari, al-Himyari o al-Maqqari, o que la *Estoria de India* que se menciona en la *General estoria* pudiera estar relacionada con al-Bakri⁴. Pero, hasta el momento, aunque contrastadas, no se trata más que de hipótesis.

Con textos oscuros y hasta esotéricos los colaboradores de Alfonso X el Sabio, su taller historiográfico, compusieron una sección inicial de la *Estoria de España* que, tras la historia de Hércules, narra hechos del reinado de Pirus, y su encuentro con el inefable rey Rocas de la India. La *General estoria*, que se sirvió de materiales preparados para la *Estoria de España*, menciona este relato en un marco distinto, y lo hila junto a una referencia explícita al prólogo de *De inventione*, al que añade ciertos rasgos interpretativos, quizás derivados de un modelo latino con algún tipo de escolio. Para el texto y el contexto de la *Estoria del rey Rocas* en la *Estoria de España* me he servido, en vez de la *Versión regia* u otra más cercana al período de redacción alfonsí, de la llamada *Crónica fragmentaria*, por insertarse el pasaje en un texto más inclinado a la ficción y lo legendario. El texto más relevante de los aquí ofrecidos (el

⁴ Importantes indicios se establecen en el magnífico libro de Isabel FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ [1992: 193 & 197].

número dos del apéndice) no pertenece, sin embargo, al grupo de testimonios más conocidos, como la *General estoria* o la *Crónica fragmentaria*, sino a un manuscrito catalogado como *Refundición de la Crónica de 1344*, crónica, la de 1344, ordenada por don Pedro Alfonso, Conde de Barcelos.

En la misma Biblioteca Universitaria de Salamanca se encuentra, precisamente, el único testimonio castellano completo superviviente, aunque muy deteriorado, de la *Crónica de 1344*. En él no se menciona al rey Rocas. Sin embargo, en el manuscrito de la *Refundición* se conserva un relato del rey Rocas mucho más amplio que en el de la *Estoria de España* o la *General estoria*. La llamada *Refundición* es, en realidad, un interesante conglomerado de textos donde se combinan, entre otros, la *Estoria de España*, la *Crónica de 1344*, la fabulosa *Crónica de Pedro del Corral*, o la *Crónica de Castilla*⁵. En este singular códice cambia el contexto del relato del rey Rocas, pues su historia se sitúa antes de la llegada de Hércules a la Península Ibérica, y cambian numerosos detalles de su presentación, estilo (de sintaxis en ocasiones atropellada) y extensión, por lo que constituye una suerte de versión retórica y amplificadora de los relatos conocidos a través de las versiones procedentes de los textos alfonsíes y diseminadas desde ellos. Mientras la *General estoria*, que es la única en mencionar la misteriosa *Estoria de India*, enmarca unos pocos detalles del principio de las peripecias del rey Rocas en un discurso sobre las seis edades del mundo, como ejemplo de la transición de la edad de la inocencia al advenimiento de la segunda edad, dominada por la idea de la propiedad, el comercio, la codicia y otros males humanos, la *Estoria de España* y, sobre todo, la *Refundición*, desarrollan el relato de Rocas desde el inicio de su viaje en busca de la

⁵ Véase MENÉNDEZ PIDAL [1918: 157-161]. Respecto al capítulo sexto dice Menéndez Pidal que le siguen otros dos capítulos del rey Rocas “igual que en la primera Crónica general” [MENÉNDEZ PIDAL 1918: 159] pero, como se verá, no es del todo exacto, pues las variaciones son sustanciales. D. G. Pattison caracterizó este códice como *Refundición Toledana de la Crónica de 1344*, “*rhetorically expanded version of the Cr 1344*” (Apendix, 159, nº 6) aunque se trata de un texto más ambicioso, que no se limita a la *Crónica de 1344*. Pattison no estudia el relato legendario sobre el rey Rocas, pero sí otras secciones épico-legendarias sobre Bernardo del Carpio, Fernán González, el Cid, la Condesa Traidora o los Infantes de Lara. En todos los casos aprecia una voluntad de expansión y desarrollo narrativo que atiende favorablemente a lo fabuloso y literario, eso sí, con una clara voluntad de coherencia y hasta exegética. En referencia a la Condesa Traidora, por ejemplo, indica que muestra, por primera vez, “*an awareness of the literary aspects of narrative techniques as such, it may be said to represent a departure from the less literary and more historical emphasis of Alphonsine historiography*” [PATTISON 1983:69].

sabiduría hasta el final de su trayecto (regreso a Oriente en la *Refundición*, su muerte, en el caso de la *Crónica fragmentaria*). La brevedad de la inserción sobre Rocas en la *General estoria* no ha de distraer, sin embargo, de su importancia. A seguidas de Godofredo da Viterbo los componedores de la *General* interpretan a Júpiter al modo historial, como un rey que realmente hubiera existido, en vez de un dios. La relación de Júpiter con la ciudad de Atenas, las siete artes liberales y el inicio del derecho escrito aparece reforzada en otros lugares de la *General estoria*. Las siete artes liberales representan, en cierto modo, lo que los setenta pilares de la sabiduría de los que Rocas aprende todas las ciencias, tanto las generales como las ocultas, y que recuerdan vagamente el banquete de la sabiduría de los *Proverbios* bíblicos: “La sabiduría edificó su casa, labró sus siete columnas” (9, 1)⁶. Según los componedores de la *General* el sabio elocuente que persuadió a los hombres de la primera edad a la ciencia y a la vida en común, de acuerdo a las leyes, pudo haber sido Júpiter, que sustituye, en la nueva edad del hombre, a Saturno. En esta nueva época la naturaleza, hasta el momento generosa y feraz, se muestra avara de sus dones, y el hombre, ignorante pero esencialmente bueno, pierde pie en el jardín de la alegría y se enfrenta ya a un mundo que inicia su rumbo hostil a la humanidad. En relación al tema de las seis edades y la fijación de los mitos y leyendas en torno a la primera edad (acerca de la cual no se olvidará el célebre discurso de don Quijote a los cabreros), la *General* repertoria algunas de sus fuentes: Cicerón, Ovidio, Eusebio, san Jerónimo, Godofredo da Viterbo... La *Estoria de España* y la *Refundición*, como se ha dicho, narran la historia del rey Rocas de forma autónoma al engaste enciclopédico de la *General estoria*. Ambas narraciones se vertebran en la sucesión de los tiempos y linajes característicos de la historiografía alfonsí. El relato más amplio de la *Refundición* principia con el establecimiento de una cronología comparada que fija la narración en su encuadre temporal. El material narrativo se distribuye en tres capítulos (6, 7 y 8), netamente divididos en la disposición del manuscrito que se

⁶ Para la relación con Josefo vid. LIDA DE MALKIEL [1970: 424-432].

transcribe. La gran diferencia entre la versión de la *Estoria de España* y la *Refundición* es su posición relativa en la historia. En el caso de la *Estoria de España* el relato de Rocas se halla entramado dentro de la sección dedicada a Pirus, yerno del recién fallecido rey Yspán, con cuya hija, Liberia, se encuentra casado. Existen relaciones temáticas y psicológicas que permiten una transición suave para la introducción de una historia, la de Rocas, que es cronológicamente anterior. Pirus, empujado por el ardor de la juventud y por su afición a la caza, en particular la del oso, decide conocer el mundo más allá de Cádiz y emprende un largo viaje junto a su mujer. Llega a la Sierra del Sol y allí establece asentamientos, donde permanece su mujer, ahora preñada, mientras él continúa su camino hasta una enorme montaña en la que divisa dos magníficas torres. La historia de Rocas se introduce aquí como explicación del origen de estas dos torres. El relato aparece bastante abreviado en relación al de la *Refundición*, en especial respecto a los segmentos correlativos a los capítulos 6 y 7. Sin embargo, el pasaje donde se desarrolla la historia de los reyes Tarcus y Rocas se corresponde con mayor cercanía, en detalle y longitud, aunque con divergencias clave. En cualquier caso, con la desaparición del rey Rocas de la Península se acaba una época mítica de la historia de España tras la cual se reconfigura su entera geografía. Una sequía apocalíptica, que se prolonga durante casi tres décadas, asola la tierra y, tras ella, la isla misteriosa y las enormes montañas en las que moró Rocas junto al antiguo dragón y se construyeron dos magníficas torres, desaparecen después de un diluvio que en nada envidia al bíblico. La isla de Ferrezola se sumerge en su más allá legendario y da paso a la planicie que albergará a Toledo y, en lugar de las dos torres, a los más prosaicos edificios del alcázar toledano y la iglesia de San Román. Probablemente, la historia de Rocas y la de aquella España mítica pertenezcan a ese mundo perdido en el que la poesía, como quería Novalis, era la religión original de la humanidad.

General estoria, Parte I

Madrid, Biblioteca Nacional, ms. 816, fols. 90r-90v

¶ *De las vidas de los omnes e de los primeros [fol. 90r] tienpos, e de cómo el rey Júpiter dio escriptos los primeros fueros e las primeras leys.*

En esta çibdad de Athenas e en estos estudios della estudió el rey Júpiter, et allí apriso los saberes que avemos dichos. Et cuenta Maestre Godofre que allí falló este rey antes que otro omne el primero comienço del derecho que en escripto fuesse puesto, e la primera carrera e la más complida manera de las leyes e la mejor que y a. Et que él conpuso allí las leyes por la razón que pornemos adelant, ca nós avemos dicho ante desto, ó fablamos del rey Nino, cómo cuenta Tullio en el començamiento de la su *Primera rectórica* que los omnes del primero tienpo assí se andavan por las tierras e por los montes como bestias salvages, que assí comien et bevien, e tal vida fazien, e que nin avien tierras, nin viñas, nin casas, nin heredad, nin otra cosa coñosçuda ninguna, nin se trabaivano dello, nin moravan en uno, nin levava ninguno a otro afuero, ni·l traíe a pleito nin en juizio, nin avien por qué sobr' esta razón, ca todas las cosas eran comunales entr'ellos. Después desto diz que vino un omne sabio e fízolos morar en uno e entender el mundo e aver leyes por que visquiessen, e sacólos d'aquella nesçiedad en que fueran fasta allí e fízolos entendudos e sabios. Mas non pone el nonbre d'aquel omne, e puede seer que éste fue el rey Júpiter. Et por esso vos dixiemos otrossí cómo sobr' esta razón misma de los omnes d'aquella edad dize Ovidio en el su libro mayor, que á nonbre *Methamorphosis*, que quier dezir tanto como mudamiento, porque en aquel libro fabla Ovidio de los mudamientos que se fazien en las cosas segund la creencia de los

gentiles et se fazen algunos de los naturales aún agora, que de las seis edades que diximos del tienpo, que la primera tal era como oro. Et esto dixo por los omnes dessa primera edad del tienpo e del mundo, porque non sabien de mal ninguno, nin buscavan a otre, nin avien heredades coñosçudas, nin otra cosa ninguna, nin ley, nin fuero, nin otro derecho ninguno, si non aquel que es llamado natural. Et es este derecho natural el primero. Et tan bien es entre las animalias de la tierra e de las aguas e del aer como entre los omnes. Et de todos es comunalmiente, pero de cada uno segund su natura. Et en aquel tienpo los omnes nin avien torres, nin castiellos, nin otras fortalezas ningunas, nin cavallerías, nin armas pora ferir nin pora defenderse, nin lo avien mester, ca ninguno non apremiava al otro, et sin miedo que·s oviessen unos a otros e sin toda premia se guardavan fe e derecho, e verdad et lealtad. Et sobr'esta razón fallamos en una *Estoria de India* que cuenta que un fijo de un rey de la postrimera India que andava buscando saberes por el mundo, e avie nonbre Rocas. E los omnes sabien ya más que solien, et pesávales de las malas costunbres e vedávanlas. Et acaesciósse aquel Rocas en una tierra o eran los omnes tan simples e tan derecheros e tan sin mal que el omne que errava o caíe en alguna culpa dávanle esta pena, qu'el ponien en un lugar alto ó lo viessen todos a oio, e dizienle cada uno de los que passavan que por qué fiziera aquel yerro o aquella nemiga, e porfazandol todos dello tomával tamaño cordoio ende que se le salie el alma estando allí. E por estas sinplicidades que avie en las yentes del primero tienpo dizen que les levavan los árvoles muchas frutas e criávales la tierra muchas buenas yervas e otras cosas de que comien ellos estonces e vivien. En estas razones de Tullio e de Ovidio e de aquellas estorias de Rocas, fijo del rey de la postrimera India que aquí contamos de los omnes dela primera edad, acuerdan otros sabios muchos, assí como Eusebio, que fue un sabio de los caldeos, e Jherónimo, e otros con ellos. Et diz Ovidio que esto duró demientra que regnó el rey Saturno entre los gentiles. Et assí lo fallamos nós en las estorias e en las crónicas de los sabios. Et pues que se acabó aquella primera edad e entró la segunda edad, regnó el rey Júpiter, e estonces començaron ya las yentes a aver

heredades coñoscudas, e partirlas por términos e fazer casas, e estaiar regnos e apartar señores, e mercar, e vender, e comprar et arrendar, e allegar e fazer fiaduras e otras tales cosas como éstas. Et d'allí començaron la cobdicia, que es madre de toda maldad, e la envidia, e la malquerencia, et fazerse los omnes sobervia e querer lo ageno, don vinieron contiendas e peleas et lides e feridas, e esto vinie por las culpas... [fol. 90v]

[2]

Refundición de la Crónica de 1344

Salamanca, Biblioteca Universitaria, ms. 2585, fols. 5v-9r

[fol. 5v]



REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA

¶ Capítulo sexto. Del rey Rocas e de las tierras que andovo por aprender las çiençias del mundo e de cómo falló la isla de Ferrezola, que después fue llamada Toledo.

En el tiempo de Josué, cabdillo de Israel, a los mil e ochoçientos e quarenta e dos años del diluvio e al tiempo de la destruiçión de Troya fecha por el rey Arneto de los maçedonios contra Trous, el hermano del rey Mida, aquel que la segunda vez tornó a hedificar después de la primera destruiçión fecha por el rey Ajuneto, rey de los esparcos, contra Ericomo, fijo de Dardano, ¶ aquel que primeramente en las partes de África riberas de la mar la hedificó e llamó de su nonbre Dardania fasta este sobredicho Trous, que la tornó de su nonbre Troya, e fue nascido en la postrimera provinçia de Asia en las casas más çercanas al paraíso terrenal [hubo] ¶ un rey llamado por nonbre Rocas, varón muy sabio e muy virtuoso, cobdiçioso de las çiençias e de los estudios dellas. ¶ E tanto amó el aprender e alcançar la sabiduría que ovo por mejor partido

de se trabajar por reinar sobre las çiençias que sobre la diversidad de las opiniones de las gentes, ¶ así que, con el [fol. 6r] grandísimo deseo que avía del aprender, dexó todos sus reinos en poder de gobernadores, por quanto él aún non era de tal hedat de aver fijos que subçediesen su estado nin avía muger en qué. ¶ E partióse de sus reinos muy aforrado e desconosçido, e dióse a andar por el mundo. ¶ E tanto por él andudo que un día, pasando por el Oriente por un grandísimo desierto, falló setenta pilares gruesos e muy altos e muy fermosos a grand trecho uno de otro, conviene saber, los treinta de latón sobredorados e los quarenta de jaspe, onde e en cada qual de aquestos estavan en antigüedad escriptas letras de muy altas çiençias. ¶ E Rocas, por su despierto sentido, como conosçiese la esçelencia tanto grande de aquella profunda çiençia escrivióla toda en un libro que consigo traía en común de otros muy singulares saberes. ¶ E tanto se trabajó fasta que ninguna de aquellas çiençias le quedase por escrevir, ¶ por respecto de lo qual e por su delgado ingenio alcançando muy grande parte de los ocultos saberes y más deseadas çiençias de las gentes. ¶ E por aquella escriptura que consigo traía sabía muchas cosas de las pasadas e presentes e por venir. ¶ E tanto fazía por el su saber que cuidavan las gentes que fazía por sí mismo miraglos. ¶ E tanto que aquellas çiençias ovo entendido partióse muy bien contento, e prosiguiendo su intento tanto por el mundo andovo que, viniendo por aquellas partes que se dizen de Frigia e pasado en las partes de Frigia, onde a la sazón era un rey en aquellas partidas llamado Laumedón, fijo de Trous, el qual a muy grand priesa de gentes fazía labrar muy muchas piedras e cal para tornar a levantar los muros de Troya, después de la destruiçión, que destruidos e derribados fueron por el sobredicho rey Arneto. ¶ E quanto aquel sabio rey Rocas cató en las muy grandes priesas de los regidores de aquella obra [e] vido así tantos millones de gentes en tantos e tan diversos trabajos, encomençóse de reír, mirando la su muy alta muralla e defensiòn que se fazía por quanto avía muy bien cuidado lo que en el fin de aquella muy presurosa obra avía de contesçer e de qual parte fortuna la avía de combatir. ¶ E así, mirando Rocas el adversidad de aquella obra e riendo, cuidávanse los trabajadores que reía

como sandio, pero que algunos ovo que sospechando el misterio de aquella muy agra risa preguntáronle: – “¿De qué te ríes?”. ¶ E él respondióles e dixo:– “Ríome de lo que fazés, e de aquesta obra por la qual esperaes seguridad e firmeza, ¶ pero si las gentes que esto fazen sopiesen lo que les ha de acontesçer non farían de aquesto nada nin se trabajarían por esto”. ¶ E dixéronle los [fol. 6v] maestros de aquella obra: – “Nós, non alcançamos ese saber, pero dínoslo tú si lo sabes”. ¶ E él respondióles diziendose que “todos vosotros avés de pasar por la espada, e los vuestros hedeñios por grand fuego muy aína”. ¶ E algunos que ý eran quisiéranlo por aquello luego matar, pero otros e muy muchos gelo defendieron, diziendo que non era bien de lo matar fasta que el rey lo sopiese. ¶ E prendiéronlo luego e leváronlo preso ante el rey Laumedón de Troya e recontáronle la manera cómo avía acontesçido. ¶ E preguntó el rey Laumedon a Rocas si era verdad aquello que dixera. ¶ E Rocas tornó otra vez a pronunçiar ante el rey Laumedon aquellas mismas palabras que de primero dixera a los mensajeros maestros. ¶ E el rey por aquello lo mandó poner en fierros e cárcel fasta saber la verdad, e mandó que lo guardasen muchos omnes. ¶ E Rocas por su saber fizo adormesçer las gentes al tiempo más conveniente e por sus palabras de sustañcial sabiduría fizo quebrantar los fierros e non estovo más en la prisión de quanto non usó de su sabiduría. ¶ Pero que quando sopo que le poco aprovechava su estada allí partióse al tiempo que quiso prosiguiendo su viaje e andando por el mundo. Por tal guisa allegó a una provinçia que se dize Italia, ¶ por do su natural e muy eloquente sentido conosçió la tierra onde él tenía los pies por tal modo que en aquella avía de ser una muy grande e famosa çibdad hedificada. ¶ E quisiera él allí prinçipiar la fundaçión de aquella obra, mas por se non detener puso allí un muy grande mármol e escrivió en él quatro letras cavadas enderredor que dezían Roma. ¶ Pero non se pobló tan çedo fasta que después vino Rómulo, que fue prinçipal rey e hedificador della, así junto de aquel mar en aquellas partes de Italia onde este dicho Rómulo e Romus, su hermano, fueron echados a morir por mandado de su padre. ¶ E quando Rocas ovo así acabada su obra, dióse a andar como solía fasta ser llegado

aquí en estas nuestras Españas. ¶ Onde por ellas andando ovo nuevas de una isla que en las Españas era, la qual se dezía la isla de Ferrezola, la qual era fecha a la sazón la más espantable e fiera montaña que avía en el universo mundo. ¶ En la qual en común de otras muy fieras animalias e serpientes era un dragón muy grande e muy espantable e muy dañador e estragador de las gentes que bevían por enderredor. ¶ E Rocas, aviendo nuevas de la isla e del asiento e modo en que era e por el grande sabor que avía de combatir con las semejantes cosas ásperas e peligrosas, e por experimentar sus estudios e trabajos, fue por su viaje adelante fasta allegar a los pueblos postrimeros e más çercanos de la sobredicha isla de Ferre[fol. 7r]zola. ¶ E Rocas, bien informado por muchas de aquellas gentes de sus más çercanos pueblos del daño que reçebían e de la mala vezindat que les el drago fazía e de la inhabitaçión e desierto de la isla, aperçibióse de aquello que le menester fazía contra todas las ponçoñas e fuerças de las serpientes. ¶ E porque allí por onde el río da lugar a la sobida de aquella isla, subió Rocas por la cuesta ayudándole el deseo de saber de aquella isla; olvidando su reçelo con esfuerço de su çiençia él fue puesto una mañana por ençima de aquella isla lo más aína que pudo. ¶ E tanto por ella andovo e por sus espesas matas e muy oscuras montañas, riscos e cuevas e valles que alcançó por el sentido de la muy grand exçelencia del lugar por onde andava, por esperiencias provadas de sus nobles çircunstançias, que los aires adelgazan y ennoblesçen y de las muy dulçes aguas sustançiales que preclaran los sentidos de los omnes y por otras muchas causas lo que su perfecçión demostrava. ¶ Onde, por çierto saber y su natural sentido conosçió en cómo allí avía de ser hedificada una muy noble çibdad, e conosçiendo en aquel lugar aver tan singulares graçias e noblezas, las quales pertenesçían a la disposiçión e deseo suyo por el adelgamiento de su ingenio e que lo que él allí non alcançase de las çiençias en un tienpo en alguna otra tierra del mundo jamás, o lo alcançaría o non. ¶ E después, cuidando en sí en cómo era ya venido en las postrimeras partes del mundo onde le ya non quedava término más delantero, sin temor de aquel desierto de sí mismo, aconpañado propuso en su voluntad de ser allí morador e fazer de aquella

isla un estudio para sí. ¶ E con aqueste presupuesto e motivo contenido buscó lo más escondrado de las ramas sin themor [a] las animalias e serpientes, [e] seyendo ya el medio día, queriéndose retraer al su deseado reposo, non tardó mucho por ý que non fallase a la vista una grandísima cueva onde Rocas luego entró e de aquello que él levava para su proveimiento con un tenprado reposo lo començó de sacar e comer a su sabor sin ocupación alguna que a la obra nin al sentido le enbargase.

¶ *Capítulo sétimo. De cómo el rey Rocas se ovo con el drago de la isla.*

Muy grande buena ventura ovo Rocas en aquel viaje, porque segund los safumerios que se dio e las palabras de sus encantamentos ningunas a lo menos de aquellas chicas nin grandes criaturas espantosas le acometieron. ¶ E mayor buena ventura con el dragón ovo en le non encontrar nin fallar en la cueva en el tiempo de su fanbre. ¶ E non mucho se detardó la su venida, ca bien aún Rocas non acabava de comer quando [fol. 7v] el espantable dragón se metía por la puerta de la cueva. ¶ Onde, como quier que algunos digan que los dragos lançan fuego por sus bocas, non es así de creer, más de lo que aqueste grande y espantable drago demostrava, ca segund d'él se recuenta que tan grandes eran los golpes de sus dientes unos con otros que las çentellas del bivo fuego que d'í surtían fazían tan altas sumas de resplandor que non paresçía menos que quando algund gran monte ardía. ¶ Onde Rocas, quando lo vió, non sin grandísimo themor catava por onde se pudiese de allí partir. ¶ Pero como viesse que la puerta toda ocupava su grand bulto de aquel drago e non avía otro remedio para salvaçión alcançar, acorrióse a sus saberes e por sus maestradas señas así le fizo entender como aquí diz: ¶ – “Ruégote, drago, que me non fagas mal, pues que amos yo e tú somos criaturas de dios”, pero el drago que a Rocas vido e sus motes entendió. ¶ E como ninguna serpiente por áspera e vil que sea mata sin neçesidat o de fanbre o de vengança, e como venía muy farto e muy contento de vianda que por el presente le non fazía menester comer a Rocas nin se d'él vengar por

mal que le oviese fecho, e por el entender que d'él ovo, fizo aquel drago su muestra que folgava en ver a Rocas por parte de umanidad e non sin causa, ca Rocas, segund el conplimiento de sus cabellos e de los vellos de las sus fazes non parecía umana criatura, mas la más áspera salvagina que por allí se criase, e así d'ý por delante por las diestras señas e conposturas de Rocas e porque de cada día e ora se acreçentava más el amor e conosçimiento dellos amos, Rocas estava seguro de aquel drago, aún folgava en le ver e non menos el dragón en ver a Rocas, tanto que quando a Rocas veía luego bullía la cola e aguzava las orejas. ¶ E tanto amor aquel dragón tomó con Rocas que ninguna ora podía estar sin él, e de quanto para su comer allá abaxo en la vega alcançava, de todo le traía su parte, así que por ý e por lo que Rocas caçava e de los pueblos avía nunca le menguava a Rocas qué comer. ¶ E como al grand respecto ninguna cosa contrasta, así con el grande amor e deseo e voluntad que Rocas dava al saber non temía cosa ninguna de quantas allí criavan, antes considerando en sí cómo el drago alcançava más del estinto natural que toda otra creatura, e cómo a su ordenança estava de morar en lo mejor de aquella isla quando aquella cueva fizo, e que pues aquello sobre todo el drago escogera para su morada, que aquello devía ser lo mejor de aquella isla, acordó Rocas allí de pasar algund tienpo de su vida. ¶ E bien tal de aquesta guisa bivió Rocas aprendiendo onde aquel dragón yazía. ¶ E debe[fol. 8r]des de saber que aquesta espantable isla acompañada de tan esquivas montañas e torneada del muy cabdaloso río de Tejo, cuyo nonbre de suso diz que se dezía la isla de Ferrezola, es aquella onde agora es la çibdad de Toledo hedificada. ¶ E aquella cueva onde Rocas con aquel grande drago morava era fecha onde agora es el alcáçar de Toledo. ¶ E así en aquella cueva moraron juntos grand tienpo Rocas con aquel dragón que día ninguno non era qu'el dragón non abaxase a las vegas e matáse caça alguna, de la qual sienpre traía un grand pedaço en la boca para que Rocas comiese. ¶ E aún vezes le traía medio onbre e Rocas lo reçebía e lo enterrava después faziendo que lo guisava e lo comía por agradar aquel drago. ¶ E tanto tienpo duraron en aquesta vezindad que aquello que la razón fizo extremo en calidad la

costunbre lo convirtió en el natural estilo. ¶ Mas como ninguna cosa en un ser puede turar, así dios iba guisando cómo Rocas se partiese del estado e voluntad e muy propuesto motivo.

¶ *Capítulo ochavo. De cómo Tarcus andando a monte falló al rey Rocas en la cueva del dragón aprendiendo.*

Así es que en aquellos riscos e sierras onde agora es hedificada la çibdad de Ávila era de primero poblado un castillo e non más. ¶ El señorío del qual era a la sazón de un grant cavallero llamado Tarcus, cuya vida de continuo ál non era salvo la caça e el monte. ¶ E assí fue que en común de las otras fieras animalias que en aquella isla de Ferrezola se criavan era un muy valiente oso de allí nascido e criado, el qual con pujança de los çelos se passó a los otros montes longes de enderredor. ¶ E andando así ardiente tras las otras animalias de su marca ¶ Tarcus, que nunca reposava del continuo montear, topó con él aquel día con muchos e bravos perros que traía, e quanto aquel osso era grande, además tan grande fue su deseo de lo ferir e matar. ¶ E tanto se trabajó en aquella tal demanda qu'el oso, que otro camino non sabía para fuir salvo aquel por onde vino, por aquel mismo bolvió. ¶ E Tarcus, çiego en pos él, se fueron fasta la isla e tan rezio lo acosava qu'el osso perdió el sentido de su cueva. ¶ E ningund lugar fallava onde aquel osso escapase fasta que llegó a la cueva a donde Rocas estava, e lançándose así allí dentro tan de rezio, Rocas, que seguro estava en su muy dulce sentido del estudio, e non tardo aperçebido quanto menester avía, temiósse de estraña guisa, por sus señas maestradas, como que de grand dolor e piedad quanto el osso se allegava más a Rocas, Rocas más lo falagava, fasta que le fue rascar [fol. 8v] por el pescueço. ¶ Mas non tardó mucho tiempo que los sabuesos de Tartus e los otros grandes canes e Tartus junto en pos ellos non entrasen por la cueva fasta donde el oso era. ¶ Pero quando Tarcus vido Rocas estar con el osso tanto en paz, fue mortalmente espantado, más de Rocas que del osso. ¶ E de sí desacordado si era omne o salvaje por lo ver tanto velloso sus cabellos

fasta tierra cuidava de lo matar, poniéndolo por obra a punto de cara él con saeta enponçoñada por lo más presto matar. ¶ Pero quando Rocas vido que Tarcus así fazía rogóle muy afincado por solo dios verdadero que matar non lo quisiese, ca era un omne humano qual dios fizo como a él. ¶ E Tarcus, como lo oyó, desvió su arco afuera folgando de le hablar preguntándole su fecho cómo allí era venido en aquel tan grand fecho peligroso. ¶ E quando Rocas sintió ser ya de Tarcus seguro començóle de contar enteramente su fecho fasta el fin en que yazía. ¶ E Tarcus, quando entendió en la fazienda de Rocas, ovo muy grande duelo d'él por ser un rey tanto noble e sabio e virtuoso e rogóle que saliese del grande peligro en que estava e que se fuese con él a las sus tierras e que d'él resçibiría honras e grandes plazerres. ¶ E Rocas, con la cobdiçia del aprender de la çiençia non gelo quiso otorgar. ¶ Pero Tarcus a la fin por muy grandíssimos ruegos lo sacó fuera de allí faziéndole juramento de lo casar con su fija una sola que avía e más que lo heredaría en quanto en el mundo avía. ¶ E como quiera que a Rocas se le fizo muy de mal por dexar aquella tierra, onde tan grandes sustançias e tan adherentes a la su disposiçión fallara, pero por estar tan çerca, otorgógelo sin dubda. ¶ E tanto que en estas fablas los cavalleros estavan, el dragón non sin ruido allegava a la cueva, e quando Tarcus lo vido quedó muy espantado e despavorido e fuera de todos sentidos, e quisiérase partir si logar oviera dello. ¶ Mas Rocas desde que lo vió con themor tan sin medida, començólo de esforçar que non avía por qué themer mientras él allí estoviese, ca non faría el dragón cosa que le desplugiesse. ¶ E quando el dragón entró en la cueva lanço ay en la cueva un gran pedaço de buey que traía en la boca. ¶ E Rocas fizo sus señales al dragón por do Tarcus fue seguro, mas Rocas tomó la carne delante del dragón para guisar de comer para él e para Tarcus. ¶ E quando guisado fue conbidólo a comer. ¶ E Tarcus le respondió que dios nunca quisiese que de tal cosa comiese, tan suzio e abominable. ¶ Mas Rocas luego le dixo que aquello comía él e avía por muy bueno e muy sabroso con la bondad del sabor del aprender de la çiençia. ¶ E Tarcus aguardó ay fasta que Rocas comiese, e después que ovo comido mucho contra su pla[fol. 9r]zer se despidió del dragón

dándole por sus señas a entender la su partida e que çedo bolvería. ¶ E fuese Rocas con Tarcus al castillo do morava e ý le entregó su fija, e fueron fechas las bodas e todo muy bien conplido de quanto Tarcus prometiera. E Rocas ovo dos fijos en aquella su mujer: al mayor dezían Rocas, e al otro dezían Silupo. ¶ E bivió allí asaz tiempo en la conpañã de Tarcus fasta que Tarcus murió. ¶ E por bien de la su muerte quedó Rocas con sus fijos señor de todos sus bienes. ¶ E non pasó mucho tiempo que Rocas se non tornasse a la isla onde aquel grand drago estava, e dexando a su muger al cargo de su casa e fazienda, e llevó consigo a sus dos fijos Silupo e Rocas, que tenía bien enseñados, a la cueva del drago con aquellas cosas todas e conpañas ~~todas~~ que les fazían menester. ¶ E quando el drago los vido e su manera entendió ovo grand plazer con ellos y ellos con el drago. ¶ Pero Rocas entendió en el estada de sus fijos, ordenó de les fazer otra morada mejor e más a su voluntad posada y hedificó una torre sobre aquella misma cueva, la más alta e la más fuerte que ser pudo, en la qual puso a sus fijos con aquellas cosas que les fizo menester. ¶ E desde que Rocas sintió que sus fijos eran grandes e muy sabios dexólos bien avisados amos en aquella torre, en la mejor horden que pudo y su madre allí con ellos, e bolvió para su tierra, mas non tardó mucho tiempo después de Rocas partido que entre aquellos dos hermanos y entre las conpañas dellos división grande non entrasse. ¶ E de tal guisa se avían que non podieron jamás conversar amos en uno e acordaron de se partir por partir de la requesta. ¶ E Rocas, el mayor fijo, quedó en la prinçipal torre que su padre allí fiziera. ¶ E Silupo, su hermano andovo por el mejor lugar de toda ella para fazer otra tierra do con los suyos morase, e fue contento de la fazer en una sierra de aquellas la más alta que falló. ¶ E fízola en aquel lugar onde agora es la iglesia de sant Román, de la çibdad de Toledo. ¶ E la otra que Rocas fizo ençima de aquella cueva do aquel drago yazía era allí donde es el alcáçar de la dicha çibdad. ¶ E así bivieron allí aquestos amos a dos hermanos con sus conpañas en paz aprendiendo aquellas çiençias que les su padre dexara con muy delgados sentidos en los substançiales aires e aguas de aquel

lugar. ¶ E tanto tienpo duraron en aquellos estudios quanto a dios plogo dexallos e por lo presente nota.

[3]

Crónica fragmentaria

Salamanca, Biblioteca Universitaria, ms. 2022, fols. 4v-5rb

[fol. 4va] Cómo pobló Pirrus a Osuna e a Granada e del rey Rocas.

Después que fue soterrado el rey Yspán en Caliz, así como oístes, fue coronado Pirus por rey, su yerno, de que vos diximos, con Liberia, su fija. E después estudieron un gran tienpo endresçando la provinçia de Caliz e poblando la tierra. E Pirus, como era mançebo, avía sabor de andar e non estar en un logar, e tomó su muger e cogióse por ribera de la mar escontra parte de Oriente. E él era muy caçador e falló en una montaña muchos osos e mató y muchos dellos e fizo gran caça e puso nonbre a aquel lugar Ursino, e de sí pobló y una buena çibdat al pie de la sierra e púsole nonbre Ursina por la caça de los osos. E ésta es la que agora llaman Ossosa [Osuna]. Dende tomaron por esas montañas [fol. 4vb] escontra Oriente fasta que llegaron a una sierra mucho alta. E preguntó Pirus a los omnes de la tierra qué logar era aquel e ellos dixiéronle que le dizían la Sierra del Sol, porque avía sienpre nieve. E él, porque vio que avía y buenas vegas e grandes e muchas aguas semejóle que sería buena tierra para pan, e pobló y una çibdat, e por amor de su muger púsole nonbre Liberia, e así ha nonbre oy en día, e dexó allí su muger preñada. E él fue a aquel logar onde después fue la çibdat de Toledo, que era estonçes muy gran montaña, pero avía y dos torres, la una donde es agora el alcáçar e la otra a sant Román. E éstas fizieron dos hermanos fijos de un rey que avía nonbre Rocas e era de tierra de Oriente a la parte que llaman Edón [Edén], e allí o dizen las ystorias que es el Paraíso, onde fue fecho Adán. E la razón como estas


dos torres fueron fechas es ésta: tan gran sabor ovo este rey Rocas de aprender los saberes que dexó todo su reino e quanto avía e comenzó de ir de una tierra en otra parando mientes a aquellas por que podría más saber, así que falló en uno entre Oriente e Çierço setenta pilares, los treinta eran de latón e los quarenta de mármol, e yazían en tierra e avía escriptas letras enderredor en que yazían escriptos todos los saberes e las naturas de las cosas e cómo se avían de obrar, e Rocas quando los vió católos e trasladólos todos e fizo ende un libro que traía consigo, por ó adivinava muchas cosas de las que avían de ser. E fazia tan grande maravillas que los que lo veían tenían que fazia miraglos. E por ende venía toda la gente a él de manera que le cuitavan tanto que fuía ante ellos. E fuese ascondiendo de una tierra en otra fasta que llegó a Troya ante que fuese destruída la primera vez. E vió y fazer grandes lavores e muy nobles e comenzóse a reír, e preguntáronle las gentes por qué reía. Él dixo que si sopiesen lo que les avía de venir que non avrían por qué labrar, ellos tomaronlo estonçes e leváronlo ante el rey Laumedón. El rey preguntóle por qué dixiera aquellas palabras, él díxole que dixiera verdat, que aquellas gentes pasarían por espada e los edifiçios por fuego. Quando esto oyeron los troyanos quisiéronle matar, mas el rey non quiso, teniendo que lo dizía con locura. E por ende tolliógele e metióle en fierros por ver si acordaría e dio omnes que le guardasen. E él, temiéndose de muerte, sopo fazer con qué se [fol. 5ra] adormeçiesen los guardadores de sí, limóse los fierros e fuese su carrera. E vino por aquel lugar ó fue después poblada Roma, e escribió en un mármol quatro letras de la una parte que dizían “Roma”. Éstas falló y después Rómulo quando la pobló e plógole mucho porque acordavan con el su nonbre, púsole nonbre Roma. Después que esto ovo fecho comenzó a venir a parte de Oçidente fasta que llegó a España e andúvola toda enderredor así como las montañas e los mares que la çercavan. E desque fue allí do agora es Toledo, vió que aquel lugar era más en medio de España que otro ninguno e avía y muy gran montaña e entendió por su saber que allí avía a aver una gran çibdat, mas que no la poblaría él, e falló y una cueva en que se metió que yazía y un dragón muy grande. E él, quando lo vió,

temiéndose d'él, rogóle que non le fiziese mal, ca todos eran creaturas de dios. El dragón cogió tal amor con él que lo que caçava traíagelo allí e de aquello guaresció una gran sazón. Después acaesció que un omne honrado de aquella tierra que avía nonbre Tarcus, que morava en las sierras de Ávila corría allí monte e falló un oso e vino en pos él fasta que llegó a aquella cueva e el oso metióse dentro e Rocas en que lo vió venir ovo miedo e començóle de falagar e rogóle que non le fiziese mal bien como fiziera al dragón. E el oso omillóse luego e echósele en el regaço e començóle a rascar en la cabeça. En tanto llegó aquel cavallero que corría en pos el oso e entró en la cueva, e quando los vió amos así estar fue muy maravillado e muy más aún de Rocas que non del osso porque le vió con muy grand barba e cubierto de cabellos fasta en tierra, e tovo que era omne bravo e puso la saeta en el arco e quísole matar. E él rogóle por dios que non le matase. Estonçe Tarcus, quando le oyó de fablar, preguntóle quién era o cómo andava; él díxole que non gelo diría fasta que le atreguase a él e aquel venado que se veniera meter en su encomienda. Tarcus atreguólos; [e] de sí començóle Rocas de contar toda su fazienda. E él, quando oyó que rey e noble era, ovo grand duelo d'él e rogóle mucho que non estudiase allí en aquel peligro e que se fuese con él e casarle yá con una su fija que non avía más, e después de sus días que le dexaría todo lo suyo. Él otorgóle que lo faría, e ellos estando así hablando llegó el dragón. E Tarcus, quando le [fol. 5rb] vió, ovo muy grand miedo d'él e quísose ir, e díxole Rocas que non lo fiziese, que él guisaría cómo e non le veniese daño; dende fue estonçes el dragón a Rocas e començóle de falagar, e el dragón echóle luego medio buey de delante que traía, ca el otro medio avía él comido, e dixo a Tarcus que si quería comer de aquel buey. Tarcus dixo que non, ca más quería ir comer con su conpañía, pues dixo [Rocas]: –“Yo tal vida fago, pero téngolo por viçio por amor de los saberes”. Dixo estonçes Tarcus: – “Sal acá e vayamos, ca non es éste logar para ti”. Estonçes dixo Rocas al dragón: – “Amigo, diz, dexarte quiero, ca asaz he morado contigo”; e salióse él por el un cabo de la cueva e el dragón por el otro e nunca jamás allá venieron. E fuese Rocas con Tarcus e casóle con su fija e ovo después en

ella dos hijos, el uno ovo nonbre Rocas, como su padre, e el otro Silupo. E morió Tarcus e fincó quanto él avía a Rocas, mas pero avía quanto avía menester non pudo estar que non tornase a la cueva veniéndole emiente de la conpañia del dragón. E fizo una torre sobre aquella cueva e moró allí. Ya quanto después que él morió fincaron sus hijos allá. De sí ovo desabeneñia entre ellos e fincó el uno en aquella torre e el otro fizo otra torre do agora es la iglesia de santo Román, e moraron allí un grand tienpo fasta que vino la gran seca que duró XXVI años que non lluyó en España [...]

[4]

Tabla comparativa de la capitulación en la *Estoria de España* y el manuscrito 2585 de la Biblioteca Universitaria de Salamanca.

	
<i>Estoria de España</i> ⁷	BUS, ms. 2585 (<i>Refundición</i>)
<i>Prólogo</i>	[....] El códice es mútilo del
1. <i>De cuemo Moysen escrivió el libro que ha nombre Génesis, e del diluvio</i>	primer folio
2. <i>De cuemo los sabios partieron las tierras</i>	2. <i>De las generaçiones de Adán fasta Noé e del diluvio que dios sobre ellos envió</i>
3. <i>De cuemo fue poblada de los hijos de Japhet</i>	3. <i>De las partes e nonbres de provinçias del mundo</i>
4. <i>De los tres Hércules que ovo en el mundo e por qué se pussieron assí nombre</i>	4. <i>En que recuenta de la forma de las Españas e de los ríos e tierras solamente</i>
5. <i>De cuemo Hércules pobló a Caliz et de las cosas que ý fizo</i>	5. <i>De cómo Noé partió las tierras del mundo a sus tres hijos e de sus generaçiones quáles</i>

⁷ Sigo la capitulación de la edición de Ramón MENÉNDEZ PIDAL [1906]. La capitulación de *Crónica fragmentaria* difiere respecto a la que edita Menéndez Pidal para la versión regia, pero el apartado dedicado a Pirrus y el encaje del relato del rey Rocas es idéntico.

6. De cuemo Julio César poblaron la España
pobló Sevilla por las cosas que y falló que fiziera Hércules
7. De cuemo Hércules lidió con el rey Gerión y-l mató
8. De las villas que pobló Hércules en España
9. De los fechos que fizo el rey Espan en España e de cuemo pobló la isla de Caliz
10. De cuemo fue poblada la isla de Caliz et cercada et fecha la puente et las calçadas
11. De cuemo pobló Pirus a Ossuna et a Granada et del rey Rocas
12. Cuemo Rocas estava en la cueva, e de lo que acaeció con Tarcus
13. Cuemo se fue Rocas con Tarcus e de la gran seca que fue en España
14. De cuemo los almuiuces ganaron España et fueron señores della
6. Del rey Rocas e de las tierras que andovo por aprender las çiençias del mundo e de cómo falló la isla de Ferrezola, que después fue llamada Toledo
7. De cómo el rey Rocas se ovo con el drago de la isla
8. De cómo Tarcus andando a monte falló al rey Rocas en la cueva del dragón aprendiendo
9. De cómo fueron destruidas las Españas por la sequedad del tiempo
10. De cómo fueron tornadas a poblar las Españas después de la su destrucción e de quién primero las señoreó
11. De las partidas que Gerión e Caco señorearon en las Españas
12. De los fechos de Hércoles e de lo que fizo en España
- [13]
14. De cómo Hércoles dexó las armas por los amores de Daymira e de cómo fue muerto
15. De cómo Yspán fue a poner su candado en la cueva de Hércoles e de cómo reparó bien las Españas
16. De cómo Yspán fizo los

encantamientos de La Coruña e pobló Caliz.

17. *Por la causa que vino Pirrus de Greçia a reinar en España e de cómo fue reparada la villa de Caliz*

18. *De cómo los infantes echaron suertes sobre las obras que la infanta Liberia les dio e de lo que copo a cada uno dellos*

19. *De cómo casó Pirrus con Liberia, fija de Yspán y heredera de las Españas, e de la myerte de Yspán e del dolor que por él se fizó*

20. *De cómo Pirrus iba poblando las Españas fasta Ferrezola que después fue llamada Toledo e de cómo fue alçado por rey e coronado en Caliz*

21. *De los grandes e devinos misterios por cuya causa se ovo de poblar Ferrezola e de cómo Pirrus puso el candado e dio la orden en la cueva de Hércoles*

22. *De cómo Pirrus fue con Nabucodonosor en la destruiçión de Iherusalem*

[...]

31. *Cómo Pirrus después que en los tenplos ofreçió sus joyas le bolvió para Toledo e de lo que se fizó después d'él en las Españas*

32. *De cómo los almunizes
señorearon las Españas, cuánto
tiempo las señorearon e cómo fue
Toledo por ellos nobleçido*



REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, Carlos, *La muerte del rey Arturo*, Madrid: Alianza [Biblioteca Artúrica, 8700], 1997, [1ª ed. 1980].
- ALVAR, Carlos, *La búsqueda del Santo Grial*, Madrid: Alianza [Biblioteca Artúrica, 8701], 1997, [1ª ed. 1986].
- BRANCAFORTE, Benito, *Alfonso X el Sabio. Prosa histórica*, Madrid: Cátedra [Letras Hispánicas, 194], 1984.
- CORBEILL, Anthony, "Rhetorical Education in Cicero's Youth", *Brill's Companion to Cicero. Oratory and Rhetoric*, James M. May [ed.], Leiden: Brill, 2002, pp. 23-48.
- FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ, Isabel, *Las 'estorias' de Alfonso el Sabio*, Madrid: Istmo [Biblioteca Española de Lingüística y Filología], 1992.
- GARCÍA CALVO, Agustín, *Lucrecio. De la realidad (De rerum natura)*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid & Lucina, 1997.
- GUTHRIE, William Keith Chambers, *In the Beginning: Some Greek Views on the Origin of Life and the Early State of Man*, Londres: Methuen & Co., 1957.
- LEMARCHAND, Marie-José, *Yvain o el caballero del león*, Madrid: Siruela [Biblioteca Medieval, 3], 2001, [1ª ed. 1999].
- LIDA DE MALKIEL, María Rosa, "Las infancias de Moisés y otros tres estudios", en *Romance Philology*, 23.4 (1970), pp. 424-432.
- LOVEJOY, Arthur O. & BOASE, George, *Primitivism and Related Ideas in Antiquity*, Baltimore: Johns Hopkins Press, 1935.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *Primera crónica general. Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289*, Madrid: Bailly-Bailliere e Hijos [Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 5], 1906, vol. 1.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *Crónicas generales de España*, Madrid: Real Biblioteca, 1918 [3ª edición, aumentada y corregida].
- MORREALE, Margherita [ed.], *Enrique de Villena. Los doze trabajos de Hércules*, Madrid: Real Academia Española [Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles, 20], 1958.
- NÚÑEZ GONZÁLEZ, Juan María, *La república y las leyes*, Madrid: Akal [Clásicos Latinos, 28], 1989.
- NÚÑEZ, Salvador, *La invención retórica*, Madrid: Gredos [Biblioteca Clásica, 245], 1997.
- PATTISON, D. G, *From Legend to Chronicle. The Treatment of Epic Material in Alphonine Historiography*, Oxford: The Society for the Study of Mediaeval Languages and Literature [Medium Aevum Monographs. New Series, 13], 1983.
- RIQUER, Martín de, *Perceval o el Cuento del Grial*, Madrid: Espasa-Calpe [Austral, 227], 1992, [1ª ed. 1961].